

Es sólo el comienzo: la lucha continúa

Juan Carlos Jiménez

Durante cien días los profesores y profesoras de la enseñanza pública no universitaria hemos protagonizado un duro conflicto que, concretado en reivindicaciones laborales y profesionales, traducía el enorme descontento, el profundo malestar con el que desarrollamos nuestro trabajo los profesionales de la educación.

La larga movilización ha estado caracterizada, en primer lugar, por la unidad conseguida no sólo entre las organizaciones sindicales, sino, fundamentalmente, en los centros y claustros. En segundo lugar, ha sido también un factor de enorme importancia la participación democrática del profesorado a través de las asambleas de centro, zona o comarca, y provinciales.

Este proceso fue truncado por la firma del preacuerdo, que no sólo dividió al movimiento, sino que lo situó en posiciones de confusión y debilidad, que acarrearón la posterior desmovilización.

La siempre difícil unidad sindical

El fraccionamiento sindical en la enseñanza pública alcanza niveles escandalosos: al menos catorce organizaciones han conseguido representación sindical en una u otra provincia, de ellas, seis tiene representación suficiente a nivel estatal y tres más la tienen en su respectiva comunidad autónoma.

Las consecuencias de este panorama son obvias: ninguna fuerza dispone de representatividad suficiente para impulsar o promover una movilización masiva en solitario y, aunque pueda parecer caprichosamente contradictorio, los mismos que han fragmentado de esta manera el mapa sindical exigen que los sindicatos se pongan de acuerdo (cuantos más mejor), previamente a cualquier movilización.

La experiencia de otros ámbitos laborales nos alecciona también sobre el valor estratégico de la unidad: la división ha sido y sigue siendo un factor fundamental del debilitamiento sindical. Los principales retrocesos se consiguen cuando la patronal y los gobiernos de turno logran fracturar las relaciones entre los sindicatos mayoritarios. Y, por el contrario, el último período muestra cómo con unidad se han conseguido importantes éxitos sindicales y se han parado agresiones a los trabajadores.

La masividad y fuerza con la que arranca la huelga en la enseñanza pública no se debe tanto al acierto o desacierto de la plataforma reivindicativa como al hecho de que es convocada unitariamente por el 80 por 100 de los sindicatos representativos.

En un sector con tan poca afiliación sindical, con dificultades para informar en todos los centros por su multiplicidad y dispersión, la unidad sindical es un pilar básico de cualquier acción mayoritaria. En este caso en el que los objetivos chocaban frontalmente tanto con la política presupuestaria del Gobierno, como con su política sindical de limitación del derecho de negociación en la función pública, la unidad era imprescindible si se pretendía algo más que una mera acción testimonial. Naturalmente que conseguir una plataforma unitaria entre sindicatos tan diversos como los que convivimos en la enseñanza exige recurrir a fórmulas genéricas y ambiguas, y conlleva un cierto grado de indefinición. Sin embargo, lo que se puede perder en concesión se ha ganado en masividad (al fin y al cabo haber ido solos con

nuestro programa electoral ya sabemos, después de las elecciones, a cuántos hubiera movilizado).

Si arrancar unitariamente es difícil, mantener la unidad durante dos meses al principio y otro mes después no es, no ha sido nada fácil. Recelos múltiples e históricos, valoraciones distintas, bases sociales muy diferentes han hecho de la convivencia unitaria un camino espinoso. Aun en el último período, con normas de funcionamiento interno del comité de huelga claras y escritas, se han producido fuertes tensiones. Sin embargo, el reglamento de funcionamiento se ha demostrado como una herramienta eficaz, aunque todavía insuficiente.

De este largo camino, hay que extraer también algunas consecuencias para nuestra futura acción sindical:

a) Ningún proyecto unitario puede convertirse en un pretexto paralizador. Hemos sido los más interesados en mantener la unidad, porque éramos los más interesados en que la movilización llegase a buen puerto. Pero la unidad es también firmeza y muchas veces, para que la unidad avance, es necesario que tiremos del carro incluso en solitario. La unidad es más fácil cuanto más fuerte somos.

b) La unidad sindical por arriba tiene que ser completada a niveles provinciales y locales. La unidad de las direcciones estatales es siempre precaria y hay que fortalecerla por la base: desde las juntas de personal como organismos de representación unitaria de los trabajadores a las asambleas.

c) Unidad no está reñido con diferenciación. La unidad no debe impedirnos llegar al profesorado con nuestros propios mensajes, dejando claras en todo momento nuestras posiciones.

La participación democrática

Consecuentemente con una plataforma de tipo genérico hemos impulsado, desde la Federación de Enseñanza de CC.OO., la más amplia participación de los trabajadores y trabajadoras de la enseñanza, a través de asambleas de centro, zona o comarca y provinciales. Esta participación la hemos intentado encauzar a las asambleas de centro, para posibilitar que participase el mayor número de enseñantes, superando falsas concepciones «ultra-democráticas» que dan la primacía decisoria a las asambleas provinciales, que por sus características son siempre menos representativas.

La participación del profesorado, dirigida y coordinada sindicalmente, hasta la fractura que supuso la firma del preacuerdo, han dotado de contenido las ambigüedades de la plataforma y lo han hecho en el sentido defendido por nosotros: aumento lineal e igual para todos, atención a los aspectos no retributivos de la plataforma, consulta previa a la firma de cualquier acuerdo, etcétera.

Si hoy, incluso sindicatos cuyo modelo sindical está a años luz de fomentar la participación, hablan de plazos para consultar, se debe a la presión democrática que se ha ejercido sobre los comités provinciales de huelga.

A partir de la firma del preacuerdo se hace visible y objetiva la necesidad, que antes no había aparecido, de dotarse de representantes de centro como instrumento fundamental para la coordinación y la consulta. El curso que viene nos ofrece el reto de llevarlos resueltamente a la práctica.

El MEC, cacique al viejo estilo

«Cada vez siento más simpatía por mis antecesores, independientemente de su ideología. Y cada vez los comprendo mejor.» Declaraciones de Arango a «El País».

No sólo los comprende, sino que los imita con perseverancia.

El MEC ha sido el principal animador de la huelga con sus declaraciones e intervenciones autoritarias y antidemocráticas. Glosarlas alargaría este artículo excesivamente, por lo que nos vamos a limitar a enunciarlas:

1. Anuncian que no negociarán mientras se mantenga la convocatoria de huelga. Con ello el MEC alargó inútilmente el conflicto un mes y medio.

2. Descalificaron la huelga por «estrictamente retributiva». Tres meses después, únicamente, utilizarían argumentos totalmente distintos y nos acusarían de hacer una huelga política y de querer cargarnos el Gobierno.

3. Amenazan y presionan a los directores de los centros, a los que pretenden convertir en represores de sus compañeros, negándoles el derecho de huelga en sus horas no lectivas.

4. Enfrentan a los padres con los profesores con difamaciones descaradamente provocadoras en una campaña de descrédito de los enseñantes, a los que acusa de malos profesionales, poco trabajadores y bien retribuidos.

5. Han sancionado doblemente a los huelguistas descontando los haberes y ampliando el calendario lectivo, que estaba ya fijado en las instrucciones de comienzo de curso publicadas en junio de 1987.

6. Decretan los servicios mínimos para garantizar una evaluación que ya estaba garantizada por acuerdos entre el comité de huelga y las organizaciones estudiantiles.

7. Reinciden en sus ataques a los derechos sindicales y al derecho a la negociación colectiva, cuando el Gobierno en pleno se niega a negociar mientras haya huelga indefinida.

8. Amenazan con expedientes al profesorado de tres institutos por presunto «aprobado general».

En definitiva, el MEC ha insistido en una táctica de «negociación» que lleva a pudrir los conflictos, confundiendo negociación con consulta y convirtiendo los conflictos laborales en problemas de orden público.

La opinión pública y los métodos de presión

Las huelgas en los servicios públicos tienen unas repercusiones sobre la opinión pública que no suelen tener otros conflictos. Aún más acusado en los casos de enseñanza o sanidad, donde la huelga no repercute sobre la plusvalía del empresario, sino sobre los usuarios.

Comprender esto supone comprender que estas huelgas si no se ganan sólo con la opinión pública a favor, lo que es seguro es que se pierden con la opinión pública en contra.

En nuestro caso creemos que se puede decir que el trabajo realizado por el comité de huelga estatal para intentar que al menos la dirección estatal de la CEAPA, compuesta mayoritariamente por militantes del PSOE, adoptase posturas más neutrales, no ha sido correspondido por un trabajo similar de base. Algunas iniciativas provinciales que

confluyeron en manifestaciones conjuntas, además de las iniciativas de algunas uniones provinciales de CC.OO. dirigiéndose a los delegados de personal, no fuera suficientes, pues faltó el contacto directo con los padres y madres de cada aula. Allí donde se realizó (principalmente el norte del Estado), el apoyo social era claro y neto. En el resto del Estado, incluido Madrid, el rechazo fue nítido.

También algunas de las medidas de presión propuestas han podido chocar con la opinión pública, hábilmente manipulada por el Gobierno, que ha pretendido dar la imagen de que el conflicto deterioraba a la escuela pública en beneficio de la enseñanza privada.

Esta argumentación, recogida incluso por algún sindicato cercano a nuestro espacio sindical, no tiene más objetivo que paralizar la reivindicación sindical, haciéndola aparecer contradictoria con los objetivos socio-políticos.

Ni la escuela pública es la escuela actual, ni la degradación de la escuela es responsabilidad nuestra, sino que lo es de una política educativa cicatera que restringe los medios para desarrollar nuestro trabajo en condiciones dignas. Luchar por esas condiciones con métodos radicales y más si, aunque choque con la visión tradicional y conservadora que se tiene de la escuela como guardería, por un lado, y como guardián evaluador, por otro, es contribuir a una lucha ideológica no por abandonada menos necesaria.

Buscar otros métodos de presión que tengan el máximo eco informativo y nos granjeen el apoyo social debe ser otra de las enseñanzas de la huelga.

Sin embargo, los cuatro meses de conflicto y de tensa relación de padres y madres con profesores y profesoras han abierto algunas vías de trabajo que debemos desarrollar. La necesidad de dialogar, de ponerse de acuerdo ha acercado a la comunidad educativa concretándose plataformas de defensa de la escuela pública en muchas provincias.

Se puede iniciar así una dinámica nueva, que llevaría a la confluencia de todos los sectores educativos en demandas que afectan a la calidad de la escuela pública. En septiembre este nuevo frente debe servir para situar ante el MEC la responsabilidad de solucionar el conflicto antes de tener que recurrir de nuevo a la huelga.

Antes del preacuerdo

Resulta a estas alturas todavía bastante incomprensible la firma de un preacuerdo idéntico al que se había rechazado el 23 de abril. Las razones que llevaron a unos y a otros a tomar tal decisión permanecen en secreto. Lo que sí podemos afirmar es que desde el momento en que tomaron tal decisión (con anterioridad al 4 de mayo) se puso en marcha una estrategia que en la práctica paralizaba la movilización:

- a) Haciendo análisis pesimistas en las asambleas donde tenían poca oposición (Burgos, Rioja).
- b) Creando confusión en los medios de comunicación sobre la posibilidad de llegar a acuerdos (lanzando incluso falsas noticias de acuerdos, como en Alicante hizo el secretario general de FETE-UGT).
- c) Manteniendo posiciones entreguistas y claudicantes en las mesas de negociación.

Después del preacuerdo

La firma del preacuerdo tuvo algunas consecuencias lamentables que condicionaron todo el proceso posterior de movilización.

En primer lugar, y es la característica más visible en las asambleas provinciales, rebrotó la desconfianza hacia los sindicatos (hacia todos) y crecieron las tendencias antisindicales.

La falta de confianza en la dirección sindical produjo intransigentes y estériles debates sobre formas y tácticas de lucha (huelga indefinida-huelga intermitente; realizar o no las evaluaciones), que se tiñeron de un demagógico y fraudulento tono ultra-democrático y de un corporativismo radical.

Así, se sustituyó la visión de conjunto y estatal por análisis sectoriales y localistas y la participación del profesorado en la toma de decisiones por la suplantación de los sindicatos por delegados directamente elegidos en asambleas escasamente representativas. Sin desconocer que en esta línea trabajaron deliberadamente militantes de organizaciones políticas y sindicales marginales y elementos conscientemente antisindicales, tampoco debemos olvidar que reflejan un estado de ánimo real de amplios sectores del movimiento.

Una segunda consecuencia fue la desmovilización y desmoralización de otra gran parte del profesorado.

El aplazamiento del referéndum una semana, la división sindical, la confusión creada en torno a las convocatorias deparó entre las directrices de las direcciones estatales y las direcciones provinciales del resto de los sindicatos, hizo perder quince días a la movilización e hizo crecer el desánimo en el profesorado de las zonas de menor tradición movilizadora. Algunos de los sindicatos firmantes del preacuerdo potenciaron ese desánimo con su actitud desmovilizadora, que va combinada con propuestas radicalizadas de difícil seguimiento masivo.

Una consecuencia menos visible es el estrechamiento de los márgenes de negociación: tanto por parte del Ministerio como por parte de los sindicatos más cercanos a nuestro espacio sindical, cualquier avance sobre el preacuerdo tiene que ser evitado para no reforzar la imagen victoriosa de CC.OO..

La tentación de hacer bueno el preacuerdo presentándolo como lo máximo a conseguir al mismo tiempo que se pasa factura a CC.OO., está en la base de muchas de las estrategias sindicales que se diseñaron esos días y parece ser la línea adoptada también por el MEC que, asumiendo la parte, de coste social que le afectara, ha jugado a alargar el conflicto hasta el verano, aislarnos de la opinión pública e imponer el preacuerdo retocado.

No hay que desconocer, por tocado que pueda parecer y que esté el MEC, que el conflicto ha derivado ya en un problema político que el Gobierno pretende resolver por la vía del principio de autoridad para evitar el posible contagio a otros colectivos de empleados públicos.

La lucha no ha sido inútil

El principal enemigo de los enseñantes puede ser ahora el sentimiento de frustración derivado de no ver resultados tangibles todavía. Sin intentar engañarnos, sería un error olvidar los logros conseguidos durante la movilización:

a) Hemos mantenido la más fuerte movilización de enseñantes, resistiendo durante cien días las calumnias, presiones y chantajes del MEC y derrotándole aplastantemente en el referéndum.

b) Hemos logrado negociar retribuciones y condiciones de trabajo superando todas las barreras legales.

c) Aun siendo claramente insatisfactoria la oferta ministerial del preacuerdo, contiene un reconocimiento implícito de la des-homologación existente y supone mejoras retributivas que no son regalo del Gobierno, sino fruto de nuestra movilización.

d) Hemos desgastado al MEC hasta el extremo de que la dimisión de Maravall será inevitable en la cercana crisis del Gobierno. El MEC sale de este proceso aún más quemado que de la huelga de estudiantes.

La movilización, aun suspendida temporalmente, sigue teniendo sus efectos sobre la negociación, de manera que cualquier avance futuro, cualquier mejora futura, serán frutos de nuestra lucha. Tras el rechazo del preacuerdo, cualquier solución tendrá que ser superior.

La lucha no ha terminado

Gracias a la decisión de CC.OO. de unirse a la huelga indefinida (a pesar de las razonables críticas) los huelguistas no nos hemos retirado divididos y a la desbandada, sino de forma ordenada y organizada y marcando perspectivas unitarias de trabajo:

a) Se limitó el período de negociación hasta el 20 de junio para evitar chapuzas durante las vacaciones.

b) Se diseñó una estrategia pasiva para presionar mientras no haya huelga.

c) El comité de huelga continúa constituido y establece un calendario por si fuese necesario continuar el curso que viene con la huelga.

El desgaste social que ha sufrido el MEC puede acentuarse a condición de no precipitarnos.

El mes de junio ha de verse como el de la continuidad de la presión del profesorado, aunque con otras formas: el desconocimiento de las autoridades educativas, el boicót a actos oficiales, la dimisión de cargos directivos afectan directamente a ejes de la política educativa del Gobierno y no deben ir reñidos con la búsqueda y profundización de apoyos sociales para conseguir un funcionamiento autónomo del sistema público educativo. La actual presión ha obligado a retrasar los proyectos de reforma y los está hipotecando: difícilmente podrán sustentarse proyectos de innovación sobre la base del descontento del profesorado, el MEC necesita dar pasos pacificadores antes de que comience el próximo curso, si no quiere enfrentarse con un clima de resistencia pasiva igual de contundente que una huelga, aunque seguramente menos llamativa y pública.

No hay que olvidar, por último, que la no resolución del conflicto está impidiendo u obstaculizando, incluso, la crisis de Gobierno: mientras no se encuentre una solución positiva no habrá relevo, pues no se pueden arriesgar a volver a desgastar a otro Ministerio con un conflicto «podrido» entre manos. Por todo ello, pensamos que manteniendo la firmeza y la unidad y aplicando en cada momento las medidas de presión más oportunas, aunque tardando algo más, conseguiremos un acuerdo satisfactorio.